

El brigadier Osorio en nuestras letras

MARIANO OSORIO entró a la literatura chilena conociendo, briosaamente, su caballo de guerra en las páginas de la revista "Darwin la Reconquistadora", de don Alberto Bilst Oana. Escribe Bilst: "Había entrado en son de conquista capital, al frente de sus tercios vencedores". Estas primeras páginas de la gran novela histórica contienen rigurosos filones para el comentario. Desde luego, su primer capítulo se encuentra lleno de relatos de trotes de caballos. Todo el espectáculo se alinea en este libro que jefes, generales, desordenes de impresionar al pueblo, entusiasman a hacer carcajear sus caballos", olvidados, por el vértigo del triunfo, de que los chilenos poseían ya una firme y admirable tradición de jinetes, venida de los tiempos bravos. Vilches y Felipe León, dos caballistas ahora legendarios, realizaron, durante el siglo XVIII, verdaderas procesas sobre sus cabalgaduras, pidió Manuel de Olavarría los pondera, contando cómo "descubrieron los jinetes del todo, ante indómitos, no sólo sin riendas ni silla, pero con las manos atadas atrás", razón suficiente para admirarlos en su condición de centauros.

¿Qué opinaba, en tanto, el pueblo de Santiago

delante del vano aparato de los oficiales montados? Sonrisa, plácidamente, porque ahí "sobraban los entendidos en materia caballaria" y nadie se engañaba respecto a las intenciones de aquellos actores, suficientes en sus galones.

La Reconquista se comenzó con una procesión. La imagen principal fue allí, naturalmente, la de Mariano Osorio. Siguiéndole en la capilla, El andaba que lo conducía a medida que avanzaba, se bamboleaba peligrosamente, a causa del "pase desigual de los portadores". Nuestro Señor Santiago cabalgaba un piafante corcel, amenazando rodar al suelo. En este momento revientan las primeras "tañas" nacionales en nuestras letras:

que se le venía encima no calla y, domosamente,

previene al Saúl con frases que aún quedaron los chilenos en estos caños:

"—¡Aparrese, patrón, no hay que comprar sitio por nada!

"—Eso es, ya se le alborotó el manco; sujetate la rienda, patrónito!"

"—Clavale espuelo, señor; no te deje caer matita!"

Garrido desahogo él, de esos "rotos" zumbones! Estamos en este capítulo, a una mitad limosa, al punto judío que tenemos en libro chileno. Unas bestas que escuchan este bombardeo de advertencias socarronas no resisten su indignación y explotan contra los "rotos", llamándolos con molestia: "¡No serán perros estos rotos judíos!"

En "42 Prisioneros", de Eduardo Vega Miquel, volvemos a encontrarnos con Osorio. Vega Miquel nos muestra su repulsa por el militar, secundada por las palabras. Su novela histórica adquiere, buenamente, los rasgos de un documento, favorecido por sabia iluminación de interés. Estos "42 prisioneros" son los que Osorio deportó a la isla Juan Fernández, desamparándose allá, por espacio de tres años. En el lapso que estuvieron Vega Miquel, cuyo aniversario se celebra en diciembre en los Andes, con Barros Arana, el licenciado Mackenna ni Encina, si no que Juan Egana, autor de "El chileno consolado en los presidios". Egana fue el cronista heroico de

estas penurias: sus testimonios convencen hoy como en su tiempo, con curiosos desmentidores, aspectos antiguos, perdidos. A la sorpresa y al temor un lance, aliados del rigor español, los crocos ratones de la isla, que circulan, aquerosamente, a lo largo del libro de Egana:

"Rope, trastos, esferas, todo lo despiñan, o lo arremeten a sus cuetas, siendo cosa más terrible los encendidos a que estamos expuestos, porque al menor descuido arrebutan los velas encendidas".

«Cómo presenta Vega Miquel a Osorio? De «gordo, grisblanco», alegre que «era alto, delgado, bien conformado». En la pieza tostada de su rostro se destacaban los ojos grandes y negros, que tenían un mirar inteligente y energico. Una sonrisa tronica se dibujaba suave y permanentemente en sus labios, ocultando el fondo sentimental de su espíritu. Encina, yendo al interior del brigadier, lo saludó con: "Un hombre valiente y noble". Tales prendas lo perdieron ante Fernando de Abascal, virrey del Perú. Este lo relevó del cargo, a poco más de un año de servirlo, y nombró en su reemplazo a Castimiro Marcó del Pont. Marcó del Pont y el capitán Vicente San Bruno forman las trombas de la odiadísima flota contra los "insurgentes" de Chile.

Una acusación persiste respecto a Marcó del Pont: su afeminamiento. ¿Fue esto verdad? Joaquín Edwards Bello no lo juzga así: lo defiende, argumentando que "le dieron fama de afeminado, simplemente por su limpia, su elegancia, y el pecado de haber traído ciertos adelantos a una ciudad cuyo estado era indescriptible a causa de su atraso y suciedad". ¿Cuáles fueron estos adelantos traídos por el virrey? Encinas, rosas y cepillos, jabones finos, y algún carrojo con vidrios". Para San Bruno el juicio no es menos simpatético. Edwards Bello lo describe con tintas cordiales, reviviendo su "gancho" con las mujeres. En cuanto a los "talaveras", recuerda que eran garbosos y atractivos, y que el pueblo les dio tratamiento de don hasta a los soldados ricos. Varios "talaveras" casaron con chilenas (1).

*Las citas corresponden a libros Zig-Zag, N. de la R.

El brigadier Osorio en nuestras letras [artículo] Andrés Sabella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El brigadier Osorio en nuestras letras [artículo] Andrés Sabella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa